PAPIRO

Día 22

Atentado

Shanghái – China.

El Bund se mostraba desolado. Aunque las barcazas comerciales seguían surcando las aguas del río Huangpu, eran escasos los barcos turísticos, repletos de luces, que solían competir con la impresionante iluminación de los edificios que al caer la noche se encendían en una amalgama de colores, dando al malecón su sello distintivo.

—Los martes no son buenos para las galerías —se dijo Malenty, contemplando las paredes silenciosas, donde ni una sola pisada había ensuciado aún el mármol pulido. Mientras leía el telegrama de Daryl, se preguntaba si debía cerrar más temprano.

En el interior, un velo cubría aún el cuadro vacío destinado al ausente papiro Sermy. Más que exhibirse a través del cristal del escaparate, parecía recordar una promesa incumplida.

A raíz de la malograda premiere del jueves 23, las cosas no marchaban bien. Malenty, para colmo, tenía otra preocupación. Había sido informado días atrás de que Charles Schoreg, su antiguo socio en Londres, estaba vivo y trabajaba por su cuenta. Aquello no le importó en su momento, pero al enterarse de que había secuestrado al padre de Amy y exigía el papiro como rescate, se prometió en silencio:
—La próxima vez no tendré piedad.

Salió de la galería y al girarse para cerrar la puerta de cristal, divisó el telegrama sobre el escritorio. Se sobresaltó al verlo. No quería que nadie más conociera su contenido y regresó por él. Antes de guardarlo, lo leyó una vez más, como si en esas palabras estuviera sellada su victoria:
«El papiro es nuestro. Te lo enviaré junto con los Sagrados Escritos».

Aunque desconocía la naturaleza de los Escritos, lo importante era que Daryl había conseguido el papiro.

Guardó el telegrama y se dirigió a la salida. Al cerrar la puerta, un hombre vestido de negro cruzó la calle, se aproximó y le preguntó:
—¿Malenty?

Malenty volteó a verlo. Como no lograba identificarlo, dio un paso hacia él, pero el hombre sacó sorpresivamente un arma, le disparó varias veces y exclamó:
—¡Charles!

Herido, Malenty hizo un esfuerzo y caminó hasta el botón de la alarma, lo oprimió y cayó al suelo. Poco después llegaron los servicios médicos.

—La herida es profunda —le dijeron, al ver que su brazo sangraba

Karimt apareció en ese momento; se lamentaba de no haber estado a su lado. El médico agregó:
—Afortunadamente llevaba chaleco. De lo contrario, esa bala habría sido letal.

Al ver que Malenty intentaba levantarse y seguía sangrando, el médico le urgió:
—Necesitamos trasladarlo al hospital.

Él accedió. Sin embargo, cuando lo subían a la ambulancia, alcanzó a ver que el cristal del escaparate estaba destrozado. Adentro, el marco del cuadro se veía maltrecho, una de las balas había perforado y arrancado el velo que antes lo cubría. La mueca de Malenty lo decía todo. Esto le dolía mucho más que su herida. Se llevó la mano al mentón y, recordando su anterior fracaso, murmuró:
—No descansaré hasta verlo muerto.

Mientras la ambulancia se alejaba, Karimt permanecía en el lugar, sumido en sus pensamientos. El tiempo estaba en contra de ambos. Con cada segundo que pasaba se incrementaba el riesgo de que el padre de Amy muriera. Sabiendo que Malenty no estaba en condiciones de hacer frente a la situación, decidió tomar el asunto en sus manos.

La Llegada

Luxor – Egipto.

Amy llegó sola al hotel Sokar. Sin cita previa, pensaba que la hora de la comida era el momento más probable para encontrarse con Daryl. Se registró en una de las habitaciones de la planta baja: quería entrar y salir rápidamente y evitar el uso del elevador. Aunque no padecía de claustrofobia, prefería los espacios abiertos y lo más cercanos a las salidas. Preguntó en recepción por Sofía, esperando que Daryl estuviera con ella.

Entró a su habitación, se instaló y enseguida se duchó. Aunque el motivo de su encuentro con Daryl era otro, al recordarlo sonriéndole a Sofía, los nervios la traicionaron. Supuso, en ese momento, que él prefería a las mujeres maduras. Su inseguridad se hizo patente y, como aún había tiempo, decidió cambiar su atuendo para lucir menos aniñada cuando lo viera.

Terminó de vestirse y se perfumó con Habanita, fragancia de carácter vanguardista y sensual, recién llegada de Europa. Se miró varias veces al espejo. No terminaba de gustarle cómo se veía. Se probó el vestido azul de caída libre, su favorito, porque la hacía verse mayor. Se cambió y salió de la habitación.

Al llegar al restaurante Opet, la recibió el encargado, que ya la conocía.
—¿La misma mesa discreta de antes?

Ella sonrió al escucharlo y contestó:
—No, prefiero una más al centro.

En esta ocasión le convenía una mesa donde la pudieran ver desde cualquier parte del restaurante, y añadió:
—Que no esté atrás del vitral.

Él la condujo a una mesa que, además de estar en el centro, recibía la mayor cantidad de luz a esa hora. Amy se sentó y siguió sonriendo. El comentario le había hecho gracia, pero, al recordar la forma en que ella y Nafir salieron a toda prisa del restaurante, después de que Burn los vio, le cambió el semblante y dejó de sonreír.

—Por acá, Nafir —escuchó que una mujer hablaba desde atrás del vitral. Instintivamente volteó a ambos lados para ver a quién se dirigía. Vio a un joven de aspecto despreocupado que caminaba distraído, pero, al acercarse a ella, la miró fijamente y la saludó:

—Buenas tardes —y después de una breve pausa, sin dejar de verla, añadió—: Qué bonito vestido.

Ella se sonrojó y apenas alcanzó a contestar:
—Buenas tardes, gracias.

El joven siguió su camino y se sentó en la misma mesa discreta que ella ya conocía, cercana a una pequeña fuente, adornada con flores de todo tipo e iluminada con luz tenue.

Amy siguió esperando. Poco después de una hora pidió el menú. Le sirvieron, y mientras comía pensaba en las coincidencias. El nombre Nafir no era muy común, y el joven estaba, además, en la misma mesa que ocuparon ella y el doctor Taruf la vez que conocieron el restaurante. Por un momento, la urgencia por ver a Daryl se desvaneció, y se preguntó:
—¿Será su hijo?

Su pensamiento fue interrumpido al escuchar que el joven y la señora que lo acompañaba le decían:
—Buen provecho.

Amy se limitó a levantar la mano en señal de respuesta, sin saber qué decir, mientras los veía dirigirse hacia la salida del restaurante. Los siguió con la mirada; tenía varias preguntas en mente. Continuó comiendo, y casi se atragantó con el bocado cuando vio que Celia se cruzaba con ellos, entraba al restaurante y se acercaba a su mesa.

—¿Te puedo acompañar? —le preguntó.

—Por favor, adelante —respondió Amy.

—¿Me recuerdas?

—Sí, claro.

—Voy llegando de Alejandría —afirmó Celia. Se veía agitada y nerviosa—. Logré escaparme de Burn —añadió, y casi le brotan las lágrimas. Su rostro demacrado delataba su cansancio.

—¿Burn está aquí? —preguntó Amy, volteando hacia todos lados.

—No. Se fue a Karnak, creo.

—¿Por qué te secuestró?

—Quiere que sea su sacerdotisa —contestó Celia, y frotó el amuleto de la diosa Hathor que lucía en su cuello.

Al escucharla, Amy recordó su mala experiencia en Karnak y comprendió su angustia. Vio su propio miedo reflejado en el rostro de Celia, y le preguntó:
—¿Cómo escapaste?

—Con la ayuda de Sofía. Me dejó ropa, una peluca y maquillaje en el baño. Me disfracé de enfermera y aproveché que se distrajeron.

—¡Qué miedo! Pudiste haber muerto —exclamó Amy.

—Sí, fui muy imprudente al confiar en Burn. Pero conseguí la información que necesitaba —agregó Celia.

—¿A qué te refieres?

—Burn aseveró que el Sermy está en tu poder —contestó Celia, retándola con la mirada.

Amy no esperaba esto. Dejó de comer, se limpió los labios con la servilleta y, tosiendo, le preguntó:
—¿Para qué lo quieres?

—No es para mí. Es un encargo del Papa —contestó con orgullo Celia, añadiendo sin pestañear:
—Estoy dispuesta a pagar el doble de lo que te ofrecen.

Amy se puso nerviosa. Sabía que, si perdía el papiro, no tendría con qué negociar, así que decidió terminar la charla:
—Lo siento, no puedo ayudarte.

—Piénsalo. La Iglesia te lo agradecerá —dijo Celia, y se marchó.
Sus pasos retumbaban en la cabeza de Amy como un eco lejano, imposible de acallar. La oferta era una sutil amenaza, un ultimátum.

Poco después, Amy pidió la cuenta y se retiró a su habitación.

Tendría que seguir esperando a Daryl y cuidar que no le quitaran el papiro. La vida de su padre peligraba y ella se sentía impotente. Trató de tranquilizarse, pero no pudo evitar el rictus que distorsionaba su rostro cuando algo no le gustaba. Comenzó a temblar mientras se cercioraba de que el Sermy estuviera en el mismo lugar.

Pasaron las horas y Amy seguía en su habitación, inquieta. No sabía si confiar en Celia o buscar otra alternativa. La vida de su padre pendía de un hilo, y ella temblaba, abrazada al único objeto que aún le daba algo de control: el cofre metálico con la nota: “Para Amy”.

Se resistía a salir, pero no tenía elección. Tenía que entregar el papiro… o perdería a su padre.

Las Tumbas

Alejandría – Egipto.

—Nos tenemos que separar —le dijo Sofía a Daryl, al mismo tiempo que le entregaba una de las bolsas—. Yo me quedo aquí, en las tumbas de Anfushi, para la iniciación —añadió.

Daryl tomó la bolsa, la abrió y preguntó:
—¿Son los sagrados escritos?

—Sí. Es uno de los dos juegos existentes —afirmó ella. Se veía apresurada.

Aunque para Daryl todo esto no significaba mucho, participaba con entusiasmo para que ella lograra su objetivo, y preguntó:
—¿Qué hago con ellos?

Sofía, antes de empezar a caminar hacia el interior de las tumbas de piedra caliza, decoradas con estuco que simulaba alabastro y mármol, contestó:
—Hay que resguardarlos en Karnak, en la iglesia del templo de Jonsu.

Daryl asintió y, antes de marcharse, le preguntó:
—¿Cuándo nos vemos?

Ella se detuvo, frotó el amuleto entre sus dedos en señal de protección, y respondió:
—Yo te busco.

Enseguida, Sofía se dirigió al patio abierto de la tumba más alejada y entró a la cámara que, decorada con varias divinidades —tales como Osiris, Isis y Horus—, le serviría como templo provisional para realizar el rito de la iniciación sin el riesgo de que Burn la detuviera.

Estaba a solo una noche de ser sacerdotisa de Hathor, su diosa.

Su corazón latió apresuradamente al pensar que pronto vería satisfechos sus deseos.

Volteó a ver a Daryl y le dirigió una sonrisa de despedida, pero él estaba absorto, revisando la bolsa… y no se percató de ello.

La Búsqueda

Karnak – Egipto.

Mientras tanto, Burn llegaba al complejo de Karnak y buscaba a Sofía en varios de los templos.

Descontrolado, al no hallarla, arremetió contra su guardaespaldas:
—¡Esto es culpa tuya! Dejaste escapar a Celia… y ahora también perdiste a Sofía.

El hombre de anchas espaldas no respondió. Siguió caminando a su lado, pero su rostro, endurecido por la rabia contenida, no presagiaba nada bueno. Burn, ciego de cólera, murmuraba para sí mismo:

—¡Debo impedir que Sofía viaje a América!

Había usado todos sus recursos para detenerla, pero su plan había fracasado. Necesitaba una alternativa. Tenía que ser el primero en llevar las enseñanzas de los Sagrados Escritos de Horus a América. Ese sueño lo obsesionaba desde su niñez, cuando ayudaba a su padre en la Sinagoga Ben Ezra.

Aquel lugar, famoso por albergar la Geniza de El Cairo —un depósito de manuscritos y documentos judíos que databan de los siglos IX al XIX—, había sido la cuna de sus ambiciones.

Allí, entre aquellos papeles amarillentos, Burn imaginó un destino grandioso: sería el portador del conocimiento, un líder destinado a cambiar el mundo. Ahora, ya adulto, no podía tolerar el peso de una decepción tan grande. Rumiaba su fracaso como quien mastica cenizas, mientras su mirada se perdía entre las columnas milenarias, incapaz de vislumbrar una solución.

De pronto, una chispa cruzó su mente...

Al ver a un grupo de turistas seguir a un guía que explicaba con detalle la importancia de los templos de Karnak, tuvo una inspiración.

Era una idea desesperada, arriesgada, pero viable.

Satisfecho consigo mismo, abrazó a su guardaespaldas, perdonándolo.

Burn sonrió, ya no necesitaba seguir buscando. Sofía había pasado a segundo plano.

Ahora sabía exactamente lo que debía hacer.

No había tiempo que perder.

Su nuevo plan era infalible.

Fernando Perales